# Nuna y Alba

*Un cuento para no dejarlo todo para mañana*



Tommy Dean Story

**Nuna y Alba**

*Un cuento para no dejarlo todo para mañana*

Texto: Tommy Dean Story

Ilustraciones y revisión inicial: Nidia Amparo Vargas

© 2026, Tommy Dean Story

Primera edición: noviembre de 2026

**Edición independiente**

ISBN: 9798167551640

Depósito Legal: [Pendiente]

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contacto: tom.story2@gmail.com

Impreso en España / *Printed in Spain*

*Para mi Nieto Luca,*
*que tiene todo un jardín por delante.*
*Que nunca lo dejes todo para mañana.*

# Mañana



En una casa con un jardín lleno de flores vivía una gatita blanca con una mancha gris en la oreja. Se llamaba Nuna. Tenía la manía de olerlo todo dos veces, por si la primera se había equivocado, y una lista larguísima de cosas que iba a hacer.

Subir al árbol grande, por ejemplo. O saltar la valla, que tampoco era tan alta. O llevarle una flor al perro viejo de la casa de al lado, que se pasaba las tardes mirando el jardín con cara de no tener a nadie.

Pero cada vez que se acordaba de la lista, le entraba un sueño tremendo.

—Mañana —decía, y se estiraba hasta la punta de las uñas—. Mañana tengo todo el tiempo del mundo.

Y se volvía a dormir al sol. «Mañana» es una palabra muy cómoda: cabe todo dentro y no pesa nada.

Nuna lo sabía. Y aun así la usaba.

# Una visita inesperada



Una mañana, algo naranja y azul se le posó en la nariz. Nuna bizqueó para verlo. Era una mariposa. Hacía cosquillas. Muchas.

—Hola. Soy Alba —dijo la mariposa—. ¿Me enseñas tu jardín? Es que voy con prisa. Con bastante prisa.

—¿Prisa? —Nuna abrió un ojo. Solo uno—. Aquí nadie tiene prisa.

—Yo sí. Las mariposas duramos poco. Unos días. A veces unas semanas.

Lo dijo tan tranquila, como quien dice que va a llover.

Nuna abrió el otro ojo. Se le ocurrieron muchas preguntas y no hizo ninguna. Olió a la mariposa dos veces. Luego se levantó. Y esta vez no dijo «mañana».

# La pompa de colores



Alba volaba delante, en zigzag, y se paraba en todo. Una vez se posó en un calcetín colgado del tendedero, convencida de que era una flor.

—Ah. No —dijo, y siguió como si nada.

Cerca del porche, una niña soplaba pompas de jabón. Casi todas se rompían enseguida. Pero una salió enorme, temblona, y bajó flotando hacia ellas muy despacio, con los colores dando vueltas por dentro como el aceite en un charco.

Nuna se quedó quieta. Quietísima. Hasta los bigotes le temblaban.

—¿Por qué la miras así? —preguntó Alba.

—Porque es preciosa —susurró Nuna—. Y si me muevo… si me muevo, se rompe.

# Mirar de verdad



¡Plof!

Nadie se había movido. Se rompió igual.

Nuna bajó las orejas. Le había caído una gotita en el morro y sabía a jabón, que no sabe a nada bueno. Alba se posó a su lado, en una flor rosa, y estuvieron un rato sin decir nada.

—La has mirado muy bien —dijo por fin la mariposa—. Mejor que a las otras.

—Porque se iba a romper.

—Por eso. Si las pompas duraran para siempre, nadie se pararía a mirarlas.

Nuna pensó en las cosas que no miraba nunca porque estaban siempre ahí: el árbol, la valla, el perro de al lado. Le dio un poco de vergüenza. No supo muy bien por qué.

# El juego de las hojas



Entonces sopló el viento y el árbol grande empezó a soltar hojas.

—¡A ver quién coge más antes de que toquen el suelo! —gritó Alba—. ¡Ya!

—¡Espera, que no estaba lista!

—¡No hay espera! ¡Ya, ya, ya!

Nuna corrió, saltó, dio media vuelta en el aire y acabó con el morro metido en un montón de hojas. Se le escapaban todas. Alba se reía tanto que volaba torcida.

# Una hoja más



Al final contaron. Alba tenía una hoja más. Una.

Bueno, una y media, decía Alba, porque una estaba rota. Nuna dijo que las rotas no contaban. Discutieron un rato. Ganó Alba, que hablaba más deprisa.

—¡Otra vez! —dijo Nuna, sin aliento—. Ahora gano yo.

—¿Y si ganaras siempre? Siempre, siempre, pasara lo que pasara.

Nuna se sentó en la hierba con la pata en la barbilla.

—Pues… sería un rollo. No me esforzaría nada. Ni me reiría.

—Pues eso —dijo Alba.

—¿Pues eso qué?

Alba no lo explicó. Nuna no volvió a preguntar. Se levantó de un salto.

—Venga. Otra.

# Una palabra con dos casas



El sol ya empezaba a bajar cuando oyeron a la abuela en el porche, leyendo a su nieta. Al terminar, cerró el libro.

—Fin.

Alba movió las antenas despacito.

—Esa palabra vive en dos casas, ¿sabes?

—¿Las palabras tienen casa?

—Esta, dos. En una significa que algo se acaba. Como el cuento. En la otra significa lo que más quieres conseguir. Los mayores dicen «mi fin es tal cosa».

—¿Y por qué se llaman igual?

—No sé —dijo Alba, después de pensarlo un rato—. Creo que porque se conocen. Yo sé muy bien lo que quiero porque sé que me acabo pronto. Mi fin hoy era… eran estas flores. Y tú, un poco.

Nuna se hizo un lío. Una palabra en dos casas. ¿Cómo iba a estar nadie en dos casas a la vez? Iba a preguntarlo, pero Alba ya se había ido volando detrás de un olor.

Lo último sí lo entendió. Se le escapó un ronroneo: nadie la había tenido nunca como fin de nada. Aunque fuera un poco.

# La tortuga del rosal



Nuna salió corriendo a contárselo a alguien. La que estaba más cerca era la tortuga del rosal, tan vieja que nadie sabía cuántos años tenía. Ni ella.

Nuna le habló de la pompa, de las hojas, de la hoja rota y de la palabra con dos casas, todo seguido y casi sin respirar. La tortuga sacó la cabeza muy despacio.

—Un señor… muy sabio… escribió una vez que mientras esperamos para vivir… —bostezó— …la vida se… se va.

—¿Se va adónde?

—El día perfecto no llega, pequeña. Llega…

Y se durmió. Así, a mitad.

Nuna esperó, por si terminaba. No terminó. Olió la concha dos veces. Nada. «¿Llega qué?», pensó. Se fue de puntillas sin entender gran cosa.

# Lo que queda de luz



Cuando volvió, el cielo se había puesto naranja, del mismo color que las alas de Alba. La mariposa volaba más bajito que por la mañana y se paraba más. A veces se le olvidaba adónde iba.

—Se está apagando la luz —dijo—. ¿Qué quieres hacer con lo que queda?

Nuna miró el árbol grande. Miró la valla. Al otro lado estaba el perro viejo, tumbado, con la cabeza sobre las patas y los ojos cerrados. Desde ahí parecía más grande que otras veces.

—Mañana… —empezó Nuna.

Alba no dijo nada. Solo la miró.

—Vale. Vale. Ya voy.

# Un gesto de hoy



Arrancó con los dientes la flor más amarilla del jardín. Sabía a tallo, a verde amargo.

Fue hasta la valla. Se sentó. Se levantó. Se volvió a sentar. ¿Y si el perro se enfadaba? ¿Y si no le gustaban las flores? ¿Y si los perros viejos muerden?

Dejó la flor en el suelo. Se dio la vuelta. Dio tres pasos hacia casa.

Luego volvió, cogió la flor y saltó antes de que le diera tiempo a pensarlo más.

Se dio con la tabla de arriba y se cayó sentada. Del lado de siempre.

La segunda vez pasó.

El perro olía a alfombra vieja y a sol. Nuna le dejó la flor delante de la nariz y se apartó, con el rabo tieso como una escoba. Por si acaso.

El perro abrió un ojo. Luego el otro. Miró la flor. Miró a Nuna. Y movió la cola. Una vez. Dos. Tres.

Nuna no supo qué hacer con eso. Así que se quedó un ratito.

# Al segundo intento



Cuando volvió, Alba estaba quieta en la flor más grande del jardín, mirando cómo se escondía el sol.

—Has saltado la valla —dijo.

—Al segundo intento. Y casi me vuelvo.

—Pero no te volviste.

—Me volví un poco.

—Cuenta igual. —Alba cerró las alas despacio—. Y ha sido hoy.

Lo dijo muy bajito.

# A la mañana siguiente



A la mañana siguiente, Alba no estaba. Nuna la buscó en la flor grande, en el rosal, debajo del montón de hojas y hasta en el calcetín del tendedero. Nada. Se había ido como se van las mariposas: sin avisar.

Nuna la echó de menos. Mucho. Esa mañana no le apetecía nada de nada.

Se tumbó al sol. Cerró los ojos.

—Maña…

Y se calló a medias, igual que la tortuga.

# Hoy



Abrió un ojo. Luego el otro. Miró el árbol grande, que seguía ahí, como siempre, esperando sin ninguna prisa.

Se levantó. Olió el tronco dos veces.

Y empezó a subir.

Un poco más arriba pasó volando una mariposa naranja y azul. A lo mejor no era Alba. Seguramente no. Nuna se paró a mirarla igual, muy quieta, hasta que se perdió entre las hojas.

—Hoy —dijo bajito, para ella sola.

Y siguió subiendo.

*Fin*

## Cómo nació este cuento

*Este cuento nace de años de preguntas sobre el tiempo, la pérdida y el sentido, y de un reloj que mi padre me pidió mirar. La idea, el mensaje y el camino son míos. Para correcciones, editarlo e ilustrarlo me ayudé de la inteligencia artificial.*

Tommy Dean Story

## Sobre el autor

Tommy Dean Story es estadounidense y nació en 1960. Llegó a Alcoy de niño, cuando su padre, ingeniero, vino a montar los radares de Aitana, y desde entonces sale en las fiestas de Moros y Cristianos. Hoy vive en Madrid, con Alcoy siempre cerca.

Estudió Informática en la Universidad de Utah y un MBA en Westminster College, y pasó más de veinte años dirigiendo equipos de tecnología en Europa y Estados Unidos.

Es autor de la trilogía formada por *Viaje Multiversal de la Conciencia*, *Viajero en las Constantes del Universo* y *El orden invisible*, y de *Cuando el futuro llega demasiado rápido*. Sus libros no tienen ánimo de lucro y nacen de una misma idea: invitar, nunca imponer. Mantiene la web siempre-juntos.com.

Escribió *Nuna y Alba: Un cuento para no dejarlo todo para mañana* pensando en su nieto, Luca.